

*radas*. Evidentemente existe una similitud entre la imaginería y la espiritualidad carmelita, cabalística y sufi asociada al número siete, estructura de las *Moradas*, lo que no resta valor a la argumentación de la autora. Es más patente la coincidencia en las transformaciones de símbolos particulares que aparecen en las *Moradas*: “este castillo [...] este árbol de la vida que está plantado en las mismas aguas vivas de la vida, que es Dios” se relaciona inequívocamente con el Tiferet, árbol cabalístico de la vida, símbolo de la emanación divina.

En cuanto a la obra de san Juan de la Cruz, el trabajo de Catherine Swietlicki es igualmente sugestivo. Si nos hemos atrevido a hablar de una cierta coincidencia entre el lenguaje cabalístico y el espíritu de las *Moradas*, en la obra de san Juan de la Cruz no podemos dejar de sospechar que, más que una coexistencia de diferentes fuentes, el uso de la Cábala cristiana es un elemento más que conforma su obra. Es así como debemos agregar a la tradición folclórica, a las variaciones populares “a lo divino”, a la poesía italianizante y a las variaciones poéticas religiosas al estilo Garcilaso, anotadas por Dámaso Alonso, la utilización de formas y símbolos cabalísticos. No podemos dejar pasar los valiosos estudios de Luce López Baralt que añaden a esta larga lista la influencia del misticismo sufi en la concepción mística de san Juan.

Podemos concluir que la huella de la Cábala cristiana en la obra de los autores analizados describe los niveles en que el mundo cultural español fue formándose: un espíritu sincrético, la coincidencia de formas y la acumulación de la riqueza de las diferentes culturas que convivieron en el suelo español.

FERNANDO DELMAR  
El Colegio de México

IRIS M. ZAVALA, *Lecturas y lectores del discurso narrativo dieciochesco*. Rodopi, Amsterdam, 1987; 120 pp.

Una parte sustancial de la multifacética actividad crítica de Iris M. Zavala ha estado dedicada a esclarecer el renacimiento novelístico en la España decimonónica. La presente entrega, aunque se ocupa del siglo XVIII, replantea la cuestión en términos que obligan a efectuar una revisión a fondo del asunto. Y la razón principal depende menos de la extraordinaria cantidad de materiales eruditos y bibliográficos aportados, constante en la labor de Zavala, que del complejo contexto teórico-crítico en que se presentan. La literatura crítica referente al siglo XVIII que, salvo notables excepciones, suele resultar bastante retrógrada y carente de rigor teórico, abandona con este proyecto los caminos del posi-

tivismo y se inserta en la plena actualidad exegética. En el libro se combinan la teoría de la recepción, las ideas de Bajtín, y el entendimiento semiótico de lo literario, con la finalidad de esclarecer el porqué la novela del dieciocho nunca floreció en España, y examinar las aportaciones conseguidas.

Zavala, valiéndose de tres tipos de lectores, figuras retóricas presentadas en el capítulo inicial, "Lecturas y lectores del discurso del dieciocho: métodos de enfoque", pluraliza el número de interpretaciones textuales que cuestionan el entendimiento tradicional de la prosa dieciochesca, al insertar en la ecuación hermenéutica problemas de oralidad *versus* escritura, de diversidad de estatus social, etc. Comienza elaborando la figura del lector social concreto, denominación que toma, con modificaciones, de Hans R. Jauss, y que sirve para explorar las diferencias de recepción de los diversos sectores de la sociedad, en particular de la naciente clase media, los nuevos públicos. Por ejemplo, los almanaques de Torres Villarroel pedían un lector menos culto que el discurso literario tradicional o el histórico. De esta manera, Zavala apunta a la ampliación del espectro de la prosa en el setecientos, pues junto a la dirigida a varones (*La poética*, de Luzán), la que apela a las autoridades retóricas (*La música*, de Tomás de Iriarte), las que hay que se dirigen a un grupo de ciudadanos con menor educación formal. Zavala insiste en este apartado en la variedad de estrategias textuales empleadas en el siglo de las luces para buscar y moldear al lector.

Un tipo de figura retórica muy distinta es la que Zavala denomina el lector privilegiado de la Inquisición. Su cometido es censurar, prohibir, silenciar lo heterodoxo, cualquier pensamiento que se desvíe de la norma moral o religiosa predominante. Este tipo de lector cortó la libre receptividad, y contribuyó a retrasar el desarrollo de la narrativa, obligando al discurso a llenarse de ocultaciones y de anonimidad. Todo ello conforma un claro fenómeno represivo, porque monopoliza los códigos de comunicación.

El tercer tipo de lector propuesto es el interno, que se define así: "el destinatario textual que construye los significados en el interior del texto mismo" (p. 19). Le sirve al crítico para mostrar las múltiples interconexiones producidas dentro de un texto, por ejemplo en la autobiografía novelada de Torres Villarroel, donde se da un cruce de tradiciones preexistentes con nuevas conexiones, como lo científico mezclado con lo costumbrista. El análisis basado en la figura subraya además el hecho de que toda escritura supone una búsqueda de interlocutor, de "un tú hacia quien orientarse" (p. 20). A diferencia de las anteriores, esta denominación prefigura un lector privado, el que luego será peculiar del realismo.

Una vez determinados los conceptos críticos, Zavala examina la prosa del dieciocho valiéndose de ellos. Comienza con el segundo que mencionamos, el lector privilegiado, el calificador de la Inquisición que se

interponía entre el autor y el lector, destacando la radical oposición de los censores hacia la novela y cómo durante el XVIII ésta fue relegada a la periferia de lo literario.

La prohibición en España de las obras de Voltaire y de Rousseau, dos innovadores de la narrativa dieciochesca, impidió la renovación y el cultivo sostenido de formas composicionales nuevas. *El Eusebio*, de Pedro de Montengón, *La Serafina*, de José Mor de Fuentes y *La filósofa por amor*, de Francisco de Tojar, siguen siendo desconocidas, en gran parte porque se las prohibió. Sólo hubo una excepción, la *Cornelia Borrorquia*, de Luis Gutiérrez, novela epistolar anticlerical que obtuvo un éxito enorme. De cualquier forma, el fermento genérico que lleva a la creación de formas y estilos innovadores fue reprimido con eficacia.

Sólo la pornografía, influida por Diderot, consiguió abrir una brecha en el bloqueo intelectual, al conseguir que la intolerancia en materia sexual comenzara a verse a una luz distinta; los deseos del hombre se consideraron en libertad, lo que alimenta la tolerancia. Estos textos, clandestinos en su mayoría, pintaban las necesidades humanas de cada día, enfrentándose así con las elaboraciones puramente imaginativas, las propiciadas por los calificadores, y de aquí que los lectores comunes adquiriesen el regusto por lo realista, por ver sus reacciones naturales representadas abiertamente. El lector privilegiado, pues, trataba de cerrar los mensajes, impedir la intertextualidad, la contaminación, y proponía el uso de un lenguaje exento de dialogía. Es decir, intentaba que la novela se expresara con una sola voz.

La figura del lector social concreto le sirve a Zavala para efectuar una inteligente lectura de los almanaques de Torres Villarroel; esencialmente, se propone una lectura teniendo en cuenta el diálogo entablado en el texto villarroeliano entre la visión del mundo del hombre común y la del pensamiento utópico tradicional. El lector común de la época se escapaba en los almanaques de las penurias diarias, porque representaban un mundo justo, con posibilidad de ascenso social; el empleo de la risa, de lo escatológico, contribuía a poner en entredicho la tradición y el discurso autoritario. Y la incorporación del lenguaje popular lo hacía accesible. En resumen, el almanaque comunicaba al público la realidad de sus anhelos por medio de fantasías utópicas, que tocaban problemas sociales y personales cercanos a los suyos.

El capítulo siguiente, dedicado al padre Isla, completa el anterior. Las exageraciones de fray Gerundio suponen una burla a los excesos de la tradición, puesto que la obra entera viene organizada de manera que carnavaliza lo erudito. En contraste con este tipo de texto, el último capítulo ofrece uno dedicado al lector interno. Presenta un análisis de la estructura narrativa y de la recepción de las *Cartas marruecas*, de Cadalso, como obra donde encontramos una estructura semiótica plural; el lector se encuentra con diferentes posibilidades y puede hacer una decisión independiente.

El libro concluye que la narrativa dieciochesca comienza perdida en los aledaños de lo fantástico, de la pura ficción, y que a pesar de la influencia de la prosa de la Ilustración fue censurada en cada manifestación. El emergente realismo, la adscripción de un carácter verídico a la prosa, se fue logrando desde la incorporación de lo natural, del lenguaje cotidiano, hasta llegar a las *Cartas* en que el escritor abre el texto a una multiplicidad de posibilidades, en las que el lector descubre el empeño moderno de encontrar la (su) verdad.

Aunque sea caer en un tópico visitado con demasiada frecuencia por los recensionistas, diré que el libro es un estudio indispensable para quienes trabajan en cuestiones de narrativa, en especial de la renovación del género, pues aporta infinidad de datos que amplían la problemática del tema y, por los términos en que lo hace, de la teoría crítica.

GERMÁN GULLÓN

University of California, Davis

JOHN R. ROSENBERG (ed.), *Resonancias románticas. Evocaciones del romanticismo hispánico*. José Porrúa Turanzas, Madrid, 1988; 238 pp.

Este tomo reúne diecisiete de las ponencias presentadas durante el simposio celebrado en Brigham Young University en 1987 para conmemorar el sesquicentenario de la muerte de Larra. Desde una variedad de enfoques críticos, centrados principalmente en la obra de Larra, los artículos aquí incluidos presentan en conjunto una imagen de la corriente romántica que apunta a lazos comunes entre diversas obras y autores y esbozan una problemática que define al movimiento como tal. Muchos de estos artículos constituyen aportaciones sobre temas poco estudiados o que presentan nuevas perspectivas sobre Larra y su época. La colección está dividida en cinco secciones: I. Observaciones generales sobre el romanticismo; II. Larra en su contexto sociológico; III. Larra en su mundo literario; IV. El teatro como expresión romántica, y V. Algunos comentarios sobre el romanticismo en Hispanoamérica.

A continuación de una breve nota introductoria del editor, John Rosenberg, la selección comienza con un estudio de Javier Herrero ("Romantic theology: love, death and the beyond") sobre el concepto del amor como religión que se remonta primero a Rousseau y, pasando luego por Goethe y Byron, llega a *El trovador* de García Gutiérrez. Sigue un ensayo de Susan Kirkpatrick ("Larra and the Spanish «mal du siècle»") —parte de un estudio más amplio: *Las románticas: women writers and subjectivity in Spain (1835-1850)*, University of California Press, Berkeley, 1989— que examina el corpus de artículos de Larra y la inscripción en